

La familia cristiana, icono de la Trinidad.

La Lumen Gentium en el N. 4 afirma que la Iglesia se presenta como un “pueblo reunido en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”.

El modelo trinitario nos permite desarrollar un profundo diálogo de la unidad y de la diversidad en la comunidad eclesial. Entonces entre el magisterio y el pueblo de Dios se establece una relación de interdependencia, de reciprocidad, al servicio de la verdad que nos hace libres.

COMUNICACIÓN Y COMUNIÓN

.- La COMUNIDAD debe ser lugar de transparencia. Dónde la información llega concreta y sincera, no viene filtrada.

Donde la claridad es un valor cultivado asiduamente y custodiado celosamente. El lenguaje es claro, simple. No tiene miedo a la verdad, aunque sea un poco desagradable.

Donde a cada uno se le reconoce el derecho a expresar libremente su pensamiento. Y cada uno tiene el coraje de hacerlo.

Donde las murmuraciones, las charlatanerías y las maledicciones quedan suplantadas por un estilo de claridad y respeto recíprocos.

Donde hay sitio para la docilidad, pero también para el sentido de responsabilidad. Para la obediencia y para las iniciativas. Para la fidelidad y para las ideas. Para los aplausos y para las críticas.

.- La comunidad no puede contentarse con ser comunidad sino que debe ser también COMUNIÓN (tener un mismo sentir, dice San Pablo.).

La comunidad cuando falta la comunión, se reduce a un escuálido marco, a una cáscara vacía de sustancia.

La comunidad no es una simple yuxtaposición de personas, que vive una junto a otra, sin conocerse, sin acogerse de verdad, sin compartir.

En fin, la comunidad no es el orden, la uniformidad, sino la comunión de personas en el amor (y el Dios del amor estará con vosotros).